

La pasión

Victoria Molina

La pasión es algo difícil de explicar; es quizá, en lenguaje corriente, algo similar a la conjunción de los cinco sentidos que entran en juego al mismo tiempo y modifican los estados de ánimo a niveles superlativos; como una exaltación que corre por dentro del cuerpo buscando salida; como sucede con los artistas cuando se sienten poseídos por la inspiración, haciéndolos llegar hasta el delirio que plasman en una expresión de arte.

Para tratar de comprender un poco mejor algo tan complejo, haremos una breve (demasiado breve) descripción de la pasión, empezando por una definición general que nos dice que la pasión es: “lo contrario a la acción; estado pasivo en el sujeto; acción de padecer; inclinación o preferencia muy vivas de alguien a otra persona; apetito o afición vehemente a algo; perturbación o afecto desordenado del ánimo” (Diccionario de la Real Academia Española). El Glosario de Términos Filosóficos nos dice que se emplea como sinónimo de afección/afecto, o de emoción: ‘modificación pasiva que el sujeto sufre por la intensidad del apetito sensible’. Como se puede apreciar, el término “pasión” está asociado con ‘padecer’. También las palabras correspondientes en griego (pathos) y en latín (passio) nos remiten a sufrir, a padecer. Por tanto, el concepto de pasión se halla originariamente vinculado a la pasividad; lo contrario de la acción. Pero ¿en qué sentido cabe hablar de pasividad en el caso de las pasiones? ¿Acaso la experiencia y la observación no muestran que las pasiones son fuerzas activas?

Los estoicos afirman que una pasión es un impulso excesivo y rebelde a los dictados de la razón, o bien, un movimiento del alma que es irracional y contrario a la naturaleza. Por ello, toda agitación violenta es pasión y toda pasión es agitación violenta.

Las expresiones “irracional”, y “contrario a la naturaleza” no están usadas aquí en su significado corriente. Irracional equivale a rebelde a la razón; en efecto, toda pasión arrastra violentamente: así, los individuos que se hallan en un estado pasional ven con frecuencia que les conviene no hacer algo y, sin embargo, son arrastrados a hacerlo por la intensidad de la pasión. La expresión “contrario a la naturaleza” significa que algo sucede contra la razón recta y natural. Todos los que se hallan en un estado pasional se apartan de la razón y no abandonan su estado, sino que son arrastrados por la pasión hasta ser dominados por ésta.

Se observa la clara oposición: Razón vs. Pasión, que sigue teniendo vigencia. Es común escuchar “las pasiones no entienden de razón”; Razón y Pasión representan los polos de una relación que, a menudo, se experimenta como conflictiva: las pasiones se oponen a la razón y la razón trata, a su vez, de dominar las pasiones.

Los escolásticos y la filosofía tradicional llaman pasión a todo movimiento nacido del apetito sensitivo.

En la Psicología moderna suele relacionarse el concepto de pasión con el conjunto de tendencias, emociones, impulsos y estados de ánimo que, de hecho, desequilibran a la persona en su psiquismo. Es un fenómeno de intensidad considerable en el que domina la fuerza afectiva y pasa a segundo plano el orden cognoscitivo, con ideas borrosas y desordenadas.

El estudio de las pasiones, encontró en Santo Tomás una sistematización que se ha hecho tradicional, con una profundidad psicológica admirable, donde Pasión es la reacción procedente del apetito sensitivo que atrae al hombre hacia un bien, o que le aleja de un mal percibido por los sentidos. El “apetito” es la sede de las tendencias, inclinaciones, instintos o diversos movimientos, más o menos naturales y espontáneos, de la naturaleza humana. Dependiendo de a qué “potencia” correspondan, habrá distintas clases de apetitos; al entendimiento corresponde el apetito intelectual, llamado voluntad; a los sentidos corresponden los apetitos sensitivos. El apetito sensitivo es el impulsor de las pasiones y, por medio de la potencia motriz, la pasión se refleja en los movimientos corporales. En el hombre, tales impulsos deben estar regidos por la voluntad. La actividad vital de la pasión procedente del apetito sensitivo nace y se desarrolla en el cuerpo. Por tanto, la pasión es como una alteración en el sujeto; modificación cualitativa en la que intervienen tanto el cuerpo como el alma. Pero la reacción corpórea es totalmente imprescindible; por esta razón, un ser incorpóreo no puede ser sujeto de pasiones.

Por el siglo XVII, con Descartes, Spinoza y otros grandes filósofos, se daba a la expresión “pasiones del alma” un sentido muy amplio, equivalente a la actual de estados afectivos, abarcando así la vida de los sentimientos casi en su totalidad.

Un poco más tarde, Kant hace una distinción clara y precisa, describiéndolo de la siguiente manera: Sentimientos o estados afectivos: aquellos estados agradables o penosos, unidos a la satisfacción de nuestras necesidades nutritivas u otras, al ejercicio de nuestros órganos sensoriales, a las relaciones con nuestros semejantes, a las percepciones o representaciones de valor estético, científico, que el azar nos ofrece al paso, a las aspiraciones religiosas, etc. Todo esto constituye el contenido regular y ordinario de nuestra vida afectiva diaria.

Emociones: se definen por dos caracteres principales: la intensidad y la brevedad. La emoción tiene como distinción empezar por un choque, por una ruptura de equilibrio. Es la reacción repentina y brusca de nuestros instintos egoístas (miedo, cólera, alegría) o altruistas (piedad, ternura, etc.), constituida sobre todos los movimientos o suspensiones de movimientos; fenómeno sintético confuso porque brota del fondo inconsciente de nuestro organismo y no va acompañado sino de un escaso grado de inteligencia. El conocimiento consciente no aparece sino a medida que la perturbación emocional disminuye.

Pasiones: La pasión tiene otros caracteres. Se opone a la emoción por la tiranía y el predominio de un estado intelectual (idea o imagen), por su estabilidad y su duración relativas. En una palabra, y excepto algunas salvedades, la pasión es una emoción intelectualizada (idea/imagen fija), prolongada y de intensidad bastante considerable.

La emoción es un estado primario y en bruto, la pasión es de formación secundaria y más compleja. La emoción es obra de la naturaleza, el resultado inmediato de nuestro organismo; la pasión es en parte natural y en parte artificial, siendo obra del pensamiento, de la reflexión aplicada a nuestros instintos y a nuestras tendencias.

Cualquiera que sea la línea a seguir, es evidente que las pasiones son activas. Cuando los filósofos insisten en hablar de pasividad, no se refieren a las pasiones en sí mismas; las pasiones son pasiones del alma o, si se prefiere, del sujeto. La idea de pasividad trata de expresar la situación del sujeto respecto de las pasiones: es pasivo respecto de ellas, es arrastrado y dominado por ellas.

Con lo mencionado se puede pensar que al hablar de pasiones, se trata de fuerzas (impulsos excesivos) ajenas, en cierto modo, al individuo que las padece; fuerzas que se apoderan de él y lo arrastran. Esto suscita la pregunta: ¿de dónde vienen las pasiones?

La idea de que las pasiones surgen, de algún modo, de ‘fuera’, llevaría a decir que no son voluntarias (como muchos sugieren). Para Descartes, el surgimiento de las pasiones no depende de la voluntad; escapa del control del alma racional. ¿De dónde proceden entonces? Para tratar de explicar el origen de las pasiones, en este contexto, sería necesario introducir la posición primaria: la oposición alma – cuerpo. A esta idea recurren los filósofos dualistas, entre ellos Descartes, para quienes las pasiones se originan en el cuerpo. Esta afirmación concuerda, en principio, con un hecho de experiencia: que las pasiones son fenómenos que afectan no sólo a la mente (alma) sino también al cuerpo, al organismo (alteran el funcionamiento de los órganos perceptivos, la respiración, etc.). A esto se refería la explicación estoica al definir la pasión como ‘agitación violenta’. Pero atribuir el origen de las pasiones al cuerpo, tiene el inconveniente de interpretar el conflicto entre la razón y las pasiones como un conflicto entre la mente (alma, psique) y algo exterior a ella (cuerpo). Sin embargo la experiencia muestra que no es así: no sentimos las pasiones como alteraciones meramente corporales, sino como fenómenos psíquicos, pertenecientes al psiquismo, lo mismo que la razón.

El conflicto tiene lugar, pues, dentro del psiquismo, en la mente. Lo que nos lleva a: la oposición psiquismo superior – psiquismo inferior. Puesto que el conflicto razón – pasión tiene lugar en el interior del psiquismo, varios autores han propuesto distinguir niveles del psiquismo o, en la terminología tradicional, partes en el alma: un elemento o parte racional (psiquismo superior) y un elemento o parte sensible (psiquismo inferior). Tendremos, entonces, que el psiquismo inferior sería la sede de las pasiones.

Puesto que, para algunos, los estados pasionales son considerados como absolutamente perniciosos (comportan locura, desorden, enfermedad), la tradición estoica propone la erradicación, la supresión de las pasiones, o moderarlas y controlarlas racionalmente.

Esta posición ha encontrado muchos opositores, como Nietzsche quien señalaba que la energía pasional puede orientarse hacia objetivos y tareas ideales.

La pasión, según Nietzsche, puede espiritualizarse, embellecerse, divinizarse. Una idea parecida a ésta fue expuesta por Freud en su teoría del psicoanálisis. En lugar de espiritualización, en el psicoanálisis se habla de sublimación. La sublimación consiste en canalizar la energía correspondiente a impulsos y deseos, empleándola en actividades de carácter superior, cultural generalmente.

Frente a estas reflexiones, cabe pensar que el enfrentamiento entre la razón y la pasión es un conflicto estructural, perteneciente a la propia constitución del ser humano y que, por tanto, es inútil buscar una solución definitiva, única o universal. Como decía Pascal: “Esta guerra interior de la razón contra las pasiones ha hecho que aquellos que han querido la paz queden divididos en dos sectas. Los unos han pretendido renunciar a las pasiones y convertirse en dioses; los otros han pretendido renunciar a la razón y convertirse en bestias. Pero no han podido ni los unos ni los otros. La razón continúa ahí siempre, recriminando la bajeza y la injusticia de las pasiones e impidiendo descansar a los que se abandonan a éstas. Y las pasiones permanecen vivas en quienes quieren renunciar a ellas”.